

Los teólogos de la revolución

Lutero es la primera estrella mediática de la Historia, un gigante por sus virtudes y defectos y por la categoría de sus enemigos. El principal de ellos fue otro monje, Thomas Müntzer, protegido suyo e impulsor de una Reforma radical

LUIS MEANA

Todo comenzó silenciosamente en el remoto aposento de un canónigo humilde, Copérnico, quien movió, allá por 1506, una minúscula pieza del inmenso edificio medieval: le arrebató a la Tierra su puesto en los cielos. Esa movilización de lo inmovible hizo mutable todo lo inmutable: la fe, la cristiandad, las certezas, la autoridad y lo demás. Puede sospecharse que Copérnico intuyó la galerna que iba a desatarse. Así que murió sin meter un solo ruido, y su *De revolutionibus* apareció cuando yacía en el lecho de muerte. Estamos en el nacimiento de un río gigantesco: las revoluciones modernas, cuyas raíces «teológicas» deberíamos repensar. Pero la gran conmoción la iba a desatar un eremita agustino, pura pólvora, que amaba compulsivamente los ruidos: su nombre familiar era Luder, que en trascendente ocasión transformó en Luther, es decir, Eleutherius, el liberado. Nombre que es programa. Liberación que cambió el mundo para siempre. Se cumplen 500 años de aquel acontecimiento, mi-

tad verdad, mitad leyenda, en el que, en vísperas de los difuntos, Eleuterio clava en la puerta de la Iglesia del Palacio de Wittenberg las 95 tesis que originan el mundo moderno (en la numeración inicial eran 87). Dice Troeltsch que Lutero era un ser medieval. Puede. Pero es el creador del mundo moderno. Para bien y para mal.

Punto de rozamiento

Figura en tantos aspectos tremenda, por energía, bravura, ceguerras, contradicciones, desasosiegos, compulsiones y polarizaciones. Escribió Goethe en el tercer centenario: «Dicho entre nosotros, en toda esta cosa (la Reforma) lo más interesante es el carácter de Lutero. Todo lo demás es una enrevesada nadería». Se le ha adjetivado de mil maneras: primer rebelde moderno, «hercules germanicus», «el» profeta alemán, héroe de su Pueblo, cloaca máxima, anticristo, lamedor de déspotas, ansia concupiscente. Estamos ante la primera estrella mediática de la historia. Fue un gigante de aquel siglo: por su impaciencia, energía, furia, brutalidad ocasional, capacidad polémi-

ca, sus mentiras, su soberbia o sus osadías.

Utilizando una metáfora geométrica suya, podríamos decir que Lutero es el punto de rozamiento entre una esfera inmensa –el universo– y una línea débil, la Historia. Ocurrió lo que tenía que ocurrir: la explosión volcánica del mundo. De ese volcán salieron inmensas lavas y consecuencias: la conversión del hombre en Papa de sí mismo, la autonomía individual, la dimensión innegociable de la conciencia, el fin de la verdad única, la negación de la autoridad. Lo encontramos en la Dieta de Worms, con miedo de muerte ante Carlos V, pronunciando aquellas famosísimas palabras de leyenda: «Yo no puedo y no quiero retractarme de nada. Dios me ayude». Un ser hipercontradictorio con mil caras culminando un enrevesado destino: ver cómo ocurría lo que no quería. Quería una Reforma –o purificación de la Iglesia– y causó la rotura y destrucción del llamado Reino de Dios en la Tierra.

Muchas figu-

ras famosas se cruzaron en su vida. Su fiel Melanchthon, el suave Erasmo (al que Dilthey llamó Voltaire del siglo XVI) con su amarga disputa sobre el libre albedrío, o Calvino, quien abriría la vía reformista que llevaría al «espíritu del capitalismo» de Weber. Pero su mayor enemigo fue otro monje, protegido suyo: Thomas Müntzer, del que desconocemos la fecha de nacimiento pero que murió decapitado con menos de 40 años por orden de los nobles alemanes. No hay una Reforma, hay varias. Una, la Reforma Clásica (de Lutero), otra, la Reforma radical (de Müntzer). La de Lutero es una rebelión contra el Papa y la Iglesia, la de Müntzer es una Reforma contra el Papa de Roma y contra el «nuevo Papa» de Wittenberg y sus clérigos, «embalsamadores» de la Escritura. La de Lutero es una «Reforma para Príncipes». La

LA DE LUTERO ES UNA «REFORMA PARA PRÍNCIPES». LA DE MÜNTZER ESTÁ BASADA EN EL SERMÓN DE LA MONTAÑA

de Müntzer es una Reforma basada en el Sermón de la Montaña. Las escuelas marxistas han tratado de convertir a Müntzer en un mero



El aislamiento del alma

Los dogmas religiosos no son abstracciones sin consecuencias sobre la realidad. Lutero pensó que podría alterar algunos y desbarató el edificio

JUAN MANUEL DE PRADA

Señalaba Hilaire Belloc que la llamada Reforma no fue otra cosa sino la tardía revancha de los lugares bárbaros, mal instruidos y aislados, contra la luminosa civilización romana. O, si se prefiriere, «la protesta de los conquistados contra una su-

perioridad moral e intelectual que los ofendía». En otros lugares hemos analizado las nefastas consecuencias políticas, sociales o económicas que esta revancha desató; hoy, puesto que escribimos para una revista cultural, trataremos de explicar muy sucintamente el veneno que introdujo en el pensamiento y en el arte.

Los dogmas religiosos no son meras abstracciones sin consecuencias sobre la realidad. Como nos advertía John Henry Newman, todos los dogmas son desarrollo de una única verdad y, por ello mismo, «son consistentes por necesidad unos con otros, forman un todo». Lutero pensó que podría alterar algunos dogmas sin que el edificio se resintiese. Y sólo consiguió desbaratarlo. Así, por ejemplo, adulteró el dogma del pecado original, ofreciéndonos una visión aciaga de la naturaleza humana y negando la libertad humana para alcanzar el bien. Y

si la naturaleza del hombre está corrompida, es inevitable que su razón sea –citamos al propio Lutero– «ciega, sorda, necia, impía y sacrilega». Una razón tan tarada no puede alcanzar verdades universales, por lo que debe conformarse con explorar las ciencias físicas (en detrimento de la metafísica). Como luego afirmaría Hegel, «la verdadera figura en que existe la verdad no puede ser sino el sistema científico de ella». Es decir, cada escuela filosófica deberá crear un sistema propio, que presentará como verdad; y toda escuela filosófica posterior, para

hacerse un hueco, deberá refutar la «verdad» de la escuela anterior y poner otra alternativa en su lugar. Así, la filosofía primero intentó crear un sistema desde dentro de sí misma (idealismo); luego dejó que cada quisque se montara por libre su propio sistema (subjetivismo); y por último se entregó a la pesadilla del vacío más atroz, a ese «nihilismo de la razón» que Unamuno consideraba la estación final del protestantismo. Belloc, aún menos benigno, avizoraba que toda esta descomposición acabaría desembocando en un horniguero de supersticiones



Grafiti en las calles de Roma de Mr. Klevra con la imagen de Thomas Müntzer

revolucionario político, o en caudillo campesino. Incluso Bloch, que descubrió sus raíces místicas, le convierte en una especie de Lenin del siglo

XVI, como crítico agriamente Kracauer. Pero no fue un profesional de la revolución, sino un «místico con el martillo»: quería imponer «el nuevo orden de Dios» (unión interior entre hombre y Dios). Su fondo fue siempre mesiánico: «Yo no llevo adelante mi obra, sino la de Dios». Se sentía un «Nuncio de Cristo» enviado para convertir el corazón de cada hombre en mansión de Dios.

Líder de los miserables

Con ese propósito de instaurar el reino milenarista de los justos Thomas Müntzer escribió textos tremendos contra los gobernantes alemanes. Principalmente el «Manifiesto de Praga» y el «Sermón a los Príncipes de Sajonia», publicados en *Tratados y Sermones* (Trotta). Ese enfrentamiento brutal entre las dos Reformas desembocó en el drama de la Guerra de los Campesinos (1524-25), a la que Engels consideró la gran revolución preburguesa. Müntzer acabó convertido en líder de aquellos hijos de la miseria. Con esta justificación teológica: Dios da la espada a los poderosos para que protejan a los piadosos; si no lo hacen, su espada pasa al «hombre común», y Dios les arrebató el señorío para entregarlo al pueblo humilde.

Uno de los que más alto han cantado los méritos de Müntzer fue Hugo Ball: «Nunca una revolución fue dirigida por un espíritu más sublime y más puro». Y revisa, con dureza, el papel de Lutero: un déspota y dogmático sin sentido alguno

HUGO BALL CREE QUE CON LUTERO LA INTELIGENCIA ALEMANA SE CONVIRTIÓ EN «SIERVA» DE DÉSPOTAS

capacidad para la compasión. Para Ball, esa derrota de Müntzer trajo consecuencias desastrosas para el país: con Lutero la inteligencia alemana se convirtió en «sierva» de déspotas; él impidió que Alemania se pudiese al frente de la civilización de la libertad condenándola para siempre al feudalismo militar.

El final de ese Levantamiento no pudo ser más sangriento: los nobles aniquilaron a miles de campesinos, y torturaron y decapitaron a Müntzer. No fue la mayor tragedia. Lo peor fueron las palabras de Lutero, una licencia del asesinato brutal: «Hay que aplastarlos, estrangularlos y acuchillarlos secreta y públicamente por quien pueda, como se tiene que matar a un perro rabioso». Sus cartas y escritos sobre los campesinos son detestables, y marcan uno de los momentos más miserables de su existencia.

Lo expresó Heine mejor que nadie: «La libertad es una nueva religión, la religión de nuestra época. Aunque Cristo no sea el Dios de esta religión, es su máximo sacerdote». Y añade: «Müntzer tenía razón, Lutero no». Para Heine, Müntzer es el heroico y desgraciado hijo de la patria que defiende la santidad del cielo y la igualdad de la Tierra. El mismo Lutero lo masculló: su muerte «cuelga de mi cuello». Con su poderosísima pluma había aniquilado a su mayor enemigo por salvar la para él sagrada institución de la autoridad. Casi como Maquiavelo, y casi al mismo tiempo.

enloquecidas. Que es, en efecto, lo que está sucediendo.

Oleada de iconoclasia

Y si las consecuencias de la Reforma fueron nefastas para el pensamiento, ¿qué podremos decir del arte? La llamada Reforma desataría una oleada de iconoclasia como no se había conocido desde tiempos de Bizancio. Detrás de ella —como detrás de la supresión del culto a la Virgen y a los santos— había odio a la expresión sensible la divinidad. Si la naturaleza humana está corrompida, toda pretensión de plasmar plásticamente la Belleza se tor-

na insatisfactoria; y toda mediación inútil. Exactamente lo contrario postulaba el arte católico (y ortodoxo), que pintando a María había certificado la unión de Dios con el mundo material: pues María, que es la gota más pura salida del lagar de la humanidad, es también la gota de cuya destilación ha salido el mismo Dios. Pintando a María, el arte cristiano había sellado de forma sublime la alianza entre Creador y criatura, había logrado no sólo vislumbrar la Belleza sino también gestarla en su propio vientre y nutrirla con su propia leche. Lutero, al negar que Ma-

ría fuese madre de Dios, negó al hombre la posibilidad de criar a Dios en su regazo. Así, el arte dejó de beber en su fuente originaria; y tuvo que conformarse con beber de fuentes afluentes cada vez más turbias. Se hizo primero naturalista en un empeño por captar lo puramente material, después abstracto en un esfuerzo más patético por captar lo inmaterial (pero carente de espíritu), hasta llegar a la estación última, que si en el pensamiento era el nihilismo y la superestación, en el arte es el feísmo exasperado y la pacotilla inane.

Agustín de Foxá escribió

que, con el triunfo de Lutero, «se secaron todos los lirios simbólicos de la Edad Media». El hombre, hasta Lutero, fue un «animal simbólico», capaz de penetrar en el corazón del Misterio a través de símbolos compartidos que tendían un puente con las realidades sobrenaturales. Lutero voló ese puente con el caramelo envenenado del libre examen; y entonces se produjo lo que Belloc llama el aislamiento del alma, «la pérdida del sustento colectivo, del sano equilibrio producido por la existencia común». Un aislamiento del alma que envolvió de nieblas germáni-

cas las realidades sobrenaturales, hizo añicos la comunión entre los hombres y quebró la unidad psíquica de la persona. Este aislamiento del alma es tan evidente e irrefutable que la modernidad, para negarlo, tuvo que negar también la existencia del alma. Y así el aislamiento del alma se convirtió en un enjambre de «trastornos mentales» (o, más recientemente, en otro enjambre todavía mayor de «identidades de género»).

No se puede cortar el tallo de un rosal y pretender que los pétalos de la rosa no se marchiten.